

CAPITULO XVII.

Derrota de los partidarios de Sertorio. — Aventuras de Sertorio. — Es llamado por los lusitanos. — Sitio de Lacóbriga. — Division territorial de España por Sertorio. — Impulso dado á las ciencias y las artes. — M. Perpenna. — Muerte de Sila. — Pompeyo el Grande. — Sitio de Laurona. — Nuevas luchas. — Rendicion de Contrebia. — Fama y rasgos de Sertorio.

La muerte de Salinator desbandó á los partidarios de Sertorio, quien, al saber dicha catástrofe, se embarcó en Cartagena para el Africa.

Desde entonces la vida de Sertorio fue la de un aventurero, á quien tan pronto sonreía la fortuna, como le es adversa.

Después de haberse apoderado de Ibiza con una flotilla compuesta de corsarios, fue rechazado de allí, é intentó pasar á las islas Canarias ó Afortunadas, en las cuales llegó á desembarcar, según pretenden algunos.

Lo que parece mas claro es que, después de haber obtenido algunos triunfos en el Africa contra las tropas que enviaba Sila á aquella region, volvió á España á ruegos de los mensajeros lusitanos, que veían en Sertorio otro Viriato para libertarles del insostenible yugo romano.

Sertorio, que no deseaba mas que ocasiones para vengarse de los romanos, accedió gustoso á la solicitud de los descendientes de Viriato, y en consecuencia regresó de Africa á España con un ejército de dos mil quinientos soldados y setecientos auxiliares africanos. Desembarcó en las costas de la Bética, burlando la vigilancia del enemigo, y logró incorporarse con los cinco mil lusitanos que estaban aguardando su llegada para romper las hostilidades.

No fueron vanas las esperanzas que los lusitanos habían puesto en el hombre que consideraban como á su libertador, pues en los primeros encuentros que Sertorio tuvo con los romanos, estos llevaron la peor parte, y aquel fué enseñoreándose de una gran parte de la Bética, la Lusitania y la Celtiberia, al paso que se iba granjeando el afecto de los españoles.

Los planes de Sertorio eran muy vastos: libertar á toda la Iberia y transformarla en una grande y poderosa nacion rival del Capitolio.

Sertorio organizó y equipó el ejército español á la romana, y fomentó extraordinariamente el estudio de las ciencias y las artes, haciendo venir con dicho objeto profesores desde Italia, y fundando una universidad en una ciudad llamada antiguamente Osca, que acaso correspondía á la moderna Huesca.

Conociendo cuánto influye lo maravilloso en el ánimo de los pueblos ignorantes, y á imitación de algunos personajes históricos ó mitológicos, el proscrito de Sila llevaba siempre consigo una cierva, por medio de la cual (según daba á entender á los sencillos españoles) se comunicaba con los dioses, principalmente con Diana. Cuando por conducto de los espías sabía Sertorio alguna fausta nueva, la cierva aparecía coronada de flores, como un feliz presagio de algún próspero suceso. En tales casos el adiestrado animalito acercaba su hocico al oído de su dueño, como para hacerle una revelación divina. Esto motivaba que los hispanos miraran á la misteriosa cierva con una especie de religioso respeto. Dícese que existen monedas de aquella época, en cuyo reverso se ve la figura de la expresada cierva.

Tantos generales romanos como habían combatido contra Sertorio hasta entonces, fueron vencidos y humillados. Sila no podía ver con buenos ojos el engrandecimiento de Sertorio en España, y al efecto envió al acreditado Metelo Pío á nuestra Península.

Sin embargo, la juventud y arrojo de Sertorio y el denuedo con que sus tropas luchaban para defender su libertad, ocasionaron que los españoles, aunque inferiores en número á sus enemigos, obtuvieran nuevos triunfos sobre los legionarios. Militaba también á favor de los españoles la circunstancia de ser prácticos en el terreno que pisaban.

La singular táctica de Sertorio desconcertaba todos los planes y maniobras de Q. Cecilio Metelo, quien, á pesar de su celebridad y proverbial prudencia, nunca pudo ceñir á sus sienas el laurel de la victoria.

En el sitio de Lacóbriga, Metelo había cortado todos los acueductos, de modo que sus moradores iban á perecer de sed. Esta circunstancia sugirió á Sertorio el ardid de hacer introducir secretamente en dicha ciudad dos mil cueros llenos de agua. Luego obligó á los romanos á levantar el sitio, y durante la retirada de estos les derrotó completamente.

La causa del dictador Sila, como acabamos de ver, no podía hacer progresos en España, á pesar de los esfuerzos del desgraciado Metelo.

Sertorio dividió á España en dos grandes distritos ó provincias: *Evora* y *Osca*, hoy Huesca, fueron respectivamente las capitales de la Lusitania y la Celtiberia. En *Evora*, donde residía habitualmente, estableció Sertorio un Senado, compuesto en general de romanos emigrados adictos á Mario. Dicho Senado ejercía la potestad suprema sobre ambas provincias. Ya hemos indicado que en Osca creó una escuela ó universidad; de modo que, al paso que dedicaba todo su ahínco á la guerra contra los partidarios de Sila, no desatendía la instrucción de los pueblos.

Sin embargo, Sertorio, á pesar de lo que se interesaba por la prosperidad de nuestra Península, conservábase romano de corazón.

Marco Perpenna, envidioso de la gloria de Sertorio, vino desde Cerdeña á la Iberia, con el considerable ejército que pasó bajo su mando por la muerte de Emilio Lépido. Empero, los soldados de

Perpenna, en vez de secundar las miras de su jefe, se mostraron adictos á la causa de Sertorio, y prefirieron pelear bajo las banderas del último. Al ver esto, Perpenna tomó cuerda mente el único partido que le quedaba, es decir, ofrecerse al servicio de Sertorio y contentarse con ser el segundo del General cuya gloria intentara eclipsar.

La muerte del dictador Sila, ocurrida en el año 79 antes de Jesucristo, robusteció el poder de Sertorio en nuestra Península. Corto fue, no obstante, el período de bonanza de que disfrutaron los españoles por dicho acontecimiento.

En el año 77 el Senado romano mandó á España á Pompeyo el Grande, con un ejército de setenta mil infantes y ocho mil caballos.

Pompeyo contaba á la sazón veinte y cuatro años de edad, y, á pesar de ello, su fama era ya universal.

«Triunfador antes de tener pelo de barba», según expresión de Plutarco, Pompeyo era sin duda el adversario mas terrible que pudiera oponer el Capitolio á la influencia y prestigio de Sertorio.

A su llegada á España, Pompeyo fué á reunirse con el anciano Metelo. A la vista del joven general romano, las imponentes fuerzas de que disponía y la celebridad de que venía precedido, muchos pueblos hispanos se declararon á su favor.

La arrogancia y presunción de Pompeyo motivaron que este ofreciera al Senado romano el aniquilar en pocos meses á lo que él llamaba por desprecio *los restos de la facción de Mario*, ó sea el ejército de Sertorio.

Este y Perpenna contaban entonces con setenta mil hombres, incluso ocho mil jinetes españoles, organizados á la romana y en brillante estado.

La ciudad de Laurona (hoy Liria, en el reino de Valencia) fue el teatro de las primeras operaciones militares entre Pompeyo y su rival. A la sazón Sertorio y Perpenna tenían cercada á dicha ciudad. Al saberlo Pompeyo acudió con presteza en auxilio de sus moradores, enviando á decirles con jaclancia que los sitiadores no tardarian en verse sitiados. Sin embargo, las cosas sucedieron muy al revés de lo que esperaba el presuntuoso Pompeyo, pues cuando creía tener sitiado á Sertorio y los suyos, se halló envuelto por estos, perdió diez mil hombres en la refriega, y tuvo que resignarse, mal que le pesara, á contemplar el incendio y destrucción de Laurona y la rendición de sus habitantes.

Después del suceso que acabamos de referir, Metelo y Pompeyo se retiraron á la Citerior, hacía los Pirineos, con el fin de pasar allí el invierno, mientras que Sertorio y Perpenna volvieron á la Lusitania.

Al llegar la primavera prosiguióse la lucha con nuevo ardor. Dividieronse las fuerzas romanas; y al paso que Pompeyo se apoderaba de Segeda, Metelo derrotaba en la Bética á Hirtuleyo, jefe de las cohortes sertorianas. Dícese que esta derrota ocasionó diez y ocho mil muertos en el campo de Hirtuleyo, que fue también una de las víctimas de aquella sangrienta jornada.

Al mismo tiempo caía en poder de Sertorio la ciudad de Contrebia, una de las plazas romanas mas fuertes, y cuya rendición fue ocasionada por haberse empleado (acaso por primera vez) el combustible, aplicado á las minas, para volar las murallas.

Innumerables fueron los encuentros y combates ocurridos entre ambos bandos, en cuyo tiempo pusieronse mas de relieve las cualidades militares de Sertorio.

Calahorra, Sigontia, hoy Sigüenza, Palencia, las márgenes del Júcar y las del Turia, y otros mil puntos, presenciaron las proezas de Sertorio y sus proverbiales é inagotables arides de guerra.

Tan lejos se extendió la fama de Sertorio, que hasta el mismo Mitridates, poderoso rey del Ponto, en el Asia, le envió embajadores para establecer con él una alianza y ofrecerle una considerable suma de dinero y cierto número de galeras: todo con el exclusivo objeto de quebrantar el poder de los romanos, implacables enemigos del expresado Monarca asiático.

Cuéntanse de Sertorio varios rasgos, que pueden servir para darnos una idea de su carácter. En cierta batalla extravióse su querida cierva, cuya desaparición atribuyó, ó fingió atribuir, al enojo de Diana por la poca bravura que sus soldados habían desplegado en la pelea. Al reaparecer dicho animalito, acariciólo Sertorio como acostumbraba, y dió á entender á los suyos que la expresada Diosa silvana se había reconciliado de nuevo con ellos y continuaria siéndoles propicia, con tal que en los combates se mostraran tan valientes como anteriormente.

Cierta día, antes de comenzar una batalla, y para que sus gentes ignoraran aquel hecho, Sertorio atravesó con su propia espada al mensajero que acababa de traerle la infausta nueva de los dos descalabros sufridos por su lugarteniente Perpenna.

Dícese también que para hacer ver mas palpablemente á sus soldados lo que puede la concordia, y, por el contrario, cuán fatal es la desunión en los ejércitos, mandó que uno de ellos fuera arrancando una por una todas las crines ó cerdas de la cola de un caballo, lo cual consiguió muy fácilmente; mas el arrancarlas todas de una vez era ya cosa imposible.



Serra dib.

Casals imp.

MUERTE DE SERTORIO.

Riera Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO XVIII.

Conspiración contra Sertorio y sus consecuencias. — Asesinato de Sertorio. — Castigo de Perpenna. — Cayo Julio César. — Vuella de César á España en calidad de pretor. — Primeras hazañas de César en la Ulterior. — Venganza de los romanos cerea de Galicia. — Sábia legislación de César. — Consulado de César.

METELO, cuyas chochees motivaron acaso que su cerebro se trastornara hasta el punto de hacerse tributar los honores de un dios, instigado, según se cree, por el Senado romano, accedió á deshacerse de Sertorio por medio del asesinato, como había sucedido en otro tiempo con Viriato.

Púsose, pues, á precio la cabeza de Sertorio, ofreciéndose por ella mil talentos de plata y veinte mil arpentas de tierra (1).

Sea que esta circunstancia influyera considerablemente en el ánimo de Sertorio, ó por otra causa ignorada, parece que desde aquel momento se observó en el carácter de dicho General una extraordinaria mudanza. De bondadoso y afable, trocóse en cruel, receloso y vengativo. De modo que hizo matar bárbaramente á algunos de sus servidores y también á varios jóvenes nobles españoles que el mismo Sertorio había mandado á estudiar á la universidad de Huesca.

El asombroso y radical cambio obrado en la conducta de Sertorio enajenóle muchas simpatías entre los iberos y ocasionó grandes triunfos morales y materiales á Metelo y Pompeyo. Asegúrase que las atrocidades cometidas por Sertorio y los suyos fueron mas fatales á la causa de dicho guerrero que todos los recursos y el poder de las cohortes pretorianas ó consulares.

Según dice un escritor extranjero, ninguno de los que conspiraron contra la vida de Sertorio era español. El principal papel en dicha conspiración atribúyese á Perpenna, quien, como sabemos, ambicionaba el puesto de su jefe. Parece que el traidor Perpenna, para asesinar á su jefe, apeló á la estratagemas de atraer á este á cierto banquete celebrado en honor de supuestas victorias sobre los pompeyanos ó romanos.

En medio del festín, y según la señal convenida, Perpenna dejó caer una copa de vino. Entonces Antonio, hombre principal que se hallaba sentado al lado de Sertorio, púsose de pié y dió de puñaladas al famoso General cuya fama vivirá tanto como los siglos.

Así acabó el hombre á quien los españoles llamaban el Aníbal romano.

La muerte de Sertorio ocurrió hácia el año 73 antes de Jesucristo.

Muy amargos fueron los frutos que Perpenna recogió de su traición.

Al abrir el testamento de Sertorio, vióse que este nombraba á Perpenna uno de sus herederos y le designaba para sucederle en el mando.

Pompeyo fue, según se cree, el instrumento de que se valió entonces la Providencia para castigar al jefe de los conjurados. Cayó Perpenna en la celada que le tendió Pompeyo, quien hizo matar al traidor y quemó generosamente, y sin leerlas, las cartas que este le entregara, diciendo que comprometían gravemente á muchos personajes importantes de Roma.

Los españoles de la guardia sertoriana ó particular (ofreciendo un ejemplo sin igual de fidelidad en la historia) juraron matarse unos á otros para no sobrevivir á su amado jefe, cumpliendo al pié de la letra su firme é inaudito propósito.

A dicha circunstancia atribuyen algunos, aunque otros dudan de su autenticidad, la inscripción ó epitafio que se puso en el sitio en que los expresados españoles consumaron su sacrificio á los manes de su idolatrado caudillo. La traducción que se halla en la *Historia de España de Cortada*, tomo I, página 68, dice así: «Aquí yacen los soldados que se sacrificaron á los manes de Q. Sertorio; devolvieron sus huesos á la tierra, madre de todos los mortales. Perdido su jefe, ¿qué les quedaba que hacer en este mundo? Muerieron como valientes, peleando unos con otros, y ahora descansan en el seno de la muerte que invocaron. Venideros, adios.»

Muertos Sertorio y Perpenna, muchas ciudades fueron entregándose sucesivamente á Pompeyo. Sin embargo, algunas se resistieron. Entre ellas merece citarse Calahorra, que no se rindió sino después de la mas obstinada defensa y de haber experimentado todos los horrores del hambre. El vencedor mandó pasar á cuchillo á los habitantes que restaban y asolar dicha ciudad.

Después de esto Pompeyo y Metelo fueron á Roma á compartir los honores de la victoria, como de costumbre.

Atribúyese á Pompeyo la fundación de Pamplona, que Estrabon llamó Pompeleon, y algunos en latin *Pompeopolis*, ó sea, ciudad de Pompeyo.

Terminada la guerra sertoriana, quedó sosegada la Iberia, al menos en apariencia.

En el año 69 antes de la era cristiana vino á España un hombre, casi oscuro á la sazón, puesto que era un simple cuestor, pero cuya fama debía eclipsar mas tarde á la de cuantos guerreros y conquistadores habían aparecido sucesivamente en el mundo hasta dicha época: aquel hombre se llamaba Cayo Julio César.

El hecho que vamos á citar basta por sí solo para poner de relieve la cualidad predominante del carácter de César, es decir, la ambición, la hidrópica sed de poder y dominio. Recorriendo el país ibérico en cumplimiento del encargo que trajo de Roma, visi-

(1) Según Ortiz de la Vega (*Anales de España*, tom. I, lib. III, cap. 10), fueron dos mil fanegas de tierra y cien talentos, ó sea mas de dos millones de reales.

ó en Cádiz el famoso templo de Hércules, donde, como sabemos, existía el busto de Alejandro Magno, á cuya vista dícese que César suspiró, ó lloró, considerando que á su edad el monarca macedónico había ya conquistado el mundo, mientras que él nada digno de memoria había hecho todavía.

Nueve años después, ó sea en el año 60, volvió César á nuestra Península, pero esta vez fue en calidad de pretor.

A la sazón César ya había salido de la oscuridad. Sila al hablar de él dijo que llegaría á ser otro Mario. Conocida era ya esta célebre frase proferida por César al atravesar una miserable aldea de los Alpes: *Prefero ser el primero en este lugar ó vencedor, que el segundo en Roma*. Sertorio opinaba al revés en esta materia, pues, según se cuenta, hubiera trocado cualquier destino, por importante que fuera, en el destierro, para ser en Roma el último de los ciudadanos.

La Galicia, la Lusitania y la Bética fueron el primer teatro de las campañas de César en la Iberia. Muchos de los pueblos que se sublevaron fueron saqueados, y los que pretendieron resistirse perecieron al filo de la espada. Parece que César calificaba de ladrones y bandoleros á los españoles insurrectos, y los trataba como á tales.

Los habitantes del monte Herminio (Sierra de la Estrella), y los de Coria y Ciudad-Rodrigo, que molestaban ú hostigaban sin cesar á los lusitanos sus vecinos, originaron las primeras luchas entre César y los iberos. Al verse acosados por dicho General romano, buscaron un refugio en una de las isletas de la costa de Galicia, frente de Bayona. César resolvió atacar á los refugiados, y al efecto mandó construir unas balsas y embarcó en ellas un destacamento, aprovechando lo bajo de la marea. Empero, todos los romanos que aportaron á dicha isla fueron degollados, excepto uno, llamado Publio Seva, que, no pudiendo regresar al continente hispano en las balsas, por haberlas arrastrado la avenida de las aguas, salvó el trecho á nado y llevó á César la noticia de la catástrofe.

El enfurecido pretor pidió entonces una flotilla á Cádiz y tomó las represalias de aquella matanza, sacrificando á su venganza á cuantos se hallaban en la expresada isla, y á quienes el hambre tenía casi extenuados y transformados en esqueletos.

Siguiendo César la costa de Galicia arribó al puerto Brigantino (hoy la Coruña), cuyos habitantes, al ver las majestuosas embarcaciones romanas, con su velamen y altos mástiles, fueron sobrecogidos de una especie de supersticioso terror y se entregaron sin resistencia á sus nuevos señores. Sin duda aquellas rudas gentes, acostumbradas á navegar en sus toscos y frágiles barquichuelos, forrados de cuero en su fondo y contruidos de mimbres y madera en sus costados, no imaginaban que el ingenio humano pudiera obrar tales maravillas en las construcciones navales.

Después de esto César otorgó á los de Cádiz las leyes que le pedían, y decretó otras destinadas á extinguir la usura, aboliendo el uso de la expropiación por deudas, cosa que perjudicaba en alto grado á los intereses agrícolas, en especial á las clases proletarias, y disponiendo que el derecho del acreedor quedara limitado á percibir las dos terceras partes de los frutos ó productos de la finca hasta la total extinción de la deuda.

Sin embargo, dícese que el mismo César fue el primero en infringir la sábia legislación que tantos bienes reportó á nuestro país, poniendo coto á los escandalosos abusos cometidos por los poderosos. Antes de que se le confiriera el mando de la Iberia, César había sufrido un encarcelamiento por deudas. Reclamábale sus acreedores la suma de ochocientos treinta talentos de oro, equivalentes á algunos millones de reales. El opuléntísimo Craso tuvo que salir por fiador de dicha suma para que César pudiera recobrar su libertad y venir á España. Pues bien, en menos de dos años de pretorado acumuló César tantas riquezas, que al volver á Italia no solo pudo satisfacer todas sus deudas, sino que hasta se halló en el caso de poder ofrecer dádivas y preciosos regalos á los que debían contribuir á encumbrarle al alto puesto que ambicionaba en la república.

Dícese también que César se llevó consigo de España un potro que tenía las pezuñas hendidas, señal que vaticinaba para su dueño el imperio del mundo, según los adivinos ó augures. Añádese que, muerto dicho potro, César mandó erigir después á su memoria una estatua en Roma, en el templo de Venus.

En el año 59 antes de Jesucristo, confirióse á César la dignidad consular. A la sazón Roma se hallaba dividida en dos bandos ó fracciones. Pompeyo y Craso eran los árbitros del poder de la república.

La habilidad política de César logró atraerse los partidos y formar el primer triunvirato romano, en el que tan importante papel debía desempeñar dicho republicano.

El Senado romano elogió grandemente la conducta de César, á pesar de cuanto se atrevieron á decir en contra de ella Caton y Ciceron, que veían en los triunviro el poder omnímoto y absorbente que tantas calamidades debía acarrear á la república romana.

Para estrechar mas el lazo de la amistad con Pompeyo, César dió á este en casamiento á su hija Julia.



JULIO CÉSAR PASANDO EL SEGRE.